

DOS O MÁS

Colección
«Desarrollo personal»

Iñaki Guerrero

DOS O MÁS

Las relaciones interpersonales
como fuente de felicidad



Ciudad Nueva

1ª edición: julio 2020

© Iñaki Guerrero

Edición: Ana Hidalgo

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

Imagen de cubierta: *Samuii* - Adobe Stock

© 2020, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

ISBN: 978-84-9715-468-0
Depósito legal: M-18.411-2020

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Prólogo

La gramática de la confianza se aprende día a día, en el equilibrio del frágil y fascinante juego de las relaciones, y se aprende también a reconocer la autoridad de los demás y sobre todo se construye con paciencia la textura de nuestro vivir social. Pues «la presencia del otro no es presencia biológica; es esencialmente llamada, y plantea instancias de acogida, estima, respeto, amor. La intersubjetividad implica necesariamente promover al otro, guiarlo a ser una subjetividad creativa»¹. Lévinas es quien recuerda que «la verdad surge allí donde un ser separado del otro no se sumerge en él sino que le habla»²; es decir, es precisamente la diferencia del otro, palabra que la responsabilidad reclama. Diferencia y no indiferencia, claro está.

Por lo demás, «mirar no es ver. [...] Que la respuesta del mirar no se puede reducir a la reacción del ver es una evidencia que se puede reconocer en el hecho de que al

¹ B. ROSSI, *Intersoggettività e educazione: dalla comunicazione interpersonale all'educazione educativa*, Brescia 1992.

² E. LÉVINAS, *Altrimenti che essere o al di là dell'essenza*, Milano 1991, p. 172.

mirar no solo se ve algo, se ve la diferencia de ese algo, pero también nos abrimos en tal medida a ello, que lo entendemos en el punto de su unicidad. [...] Para que esto suceda es necesario que el acto de entender se realice según el orden del acoger; este último se caracteriza por una apertura capaz de dejar que ese algo sea libre de ser lo que es, una apertura que, para poder entender hasta el fondo, debe también desprenderse hasta el fondo. Aquí el fondo coincide con el mismo culmen, con el punto de la unicidad; frente a este punto, el ojo de la mirada, el ojo que mira, entiende en la medida en que sabe desprenderse y acoger»³.

El libro de Iñaki Guerrero *Dos o más. Las relaciones interpersonales como fuente de felicidad* nos acompaña con mirada lúcida dentro de los procesos y dinámicas que una persona asume para vivir «una buena relación consigo mismo» como presupuesto para vivir buenas relaciones con los demás. Un axioma de la pragmática de la comunicación afirma que no se puede no comunicar, y precisa que no se puede decir que «la comunicación tiene lugar solo cuando es intencionada, consciente y eficaz, es decir, cuando se da la comprensión recíproca». Por otro lado, «la capacidad de metacomunicar de modo adecuado no solo es la *conditio sine qua non* de la comunicación eficaz, sino que está estrechamente ligada al

³ S. PETROSINO, *Piccola metafisica della luce*, Milano 2004, p. 53.

gran problema de la consciencia de sí mismo y de los otros».

Al inicio de su libro, el autor muestra que «para poder aceptarse es necesario conocerse bien [...]; sanar las heridas afectivas, desmontar los pensamientos inconscientes exagerados o totalmente falsos sobre mi incapacidad de conseguir que me amen o sobre mi “no ser digno” de ser amado».

Las historias personales suelen estar salpicadas de fracasos y de heridas que alimentan inconscientemente la idea de que los demás nos pueden rechazar. De ahí brotan dos posibles actitudes: «luchar para tener éxito», tratando «de dar una imagen de sí mismo que [...] lo haga más aceptable»; o, considerando que nunca podrá tener éxito, tender a «encerrarse en sí mismo» viviendo de modo angustioso las relaciones y buscando con frecuencia compensaciones negativas.

Una cuestión central en las relaciones, que hoy se pone de manifiesto cada vez con mayor virulencia en los entornos comunitarios y que el autor aborda con clara lucidez, es el deseo de demostrar algo a alguien. Por ejemplo, cuando una persona no es consciente de que su dignidad «no depende de que actúe bien o mal», cuando una persona confunde su dignidad con sus errores, puede surgir la necesidad de «hacer méritos», de demostrar su valía.

En su película *Marnie* (1964), Alfred Hitchcock, como solo un maestro del cine sabe hacer, no solo articula

un discurso en torno a un tema –en este caso, un trauma infantil de la protagonista que la lleva a no permitir que ningún hombre la toque, ni siquiera su marido–, sino que convierte la narración audiovisual en figura de un concepto, haciendo converger en datos e informaciones las más variadas arquitecturas de sentido.

Leyendo las páginas de Iñaki Guerrero, quiero hacer referencia al diálogo entre Mark (el marido de Marnie), ella y su madre, precisamente porque un trauma inconsciente, si no se afronta, puede echar a perder incluso una existencia entera.

Después de la confesión de la madre de Marnie acerca de lo sucedido una noche mientras se ganaba la vida dejándose «tocar» por los hombres, esto es lo que ocurre:

Mark: –Marnie, ya es hora de que tengas un poco de piedad contigo misma. Cuando un niño, un niño de cualquier edad, no consigue tener el amor que necesita, toma lo que puede tomar, por el medio que sea... No es difícil de entender. Así está mejor (*le acaricia la cabeza*).

Marnie: –Mark, ¿qué debo hacer? ¿Qué va a pasar?

Mark: –¿Qué quieres que pase?

Marnie: –Quisiera que todo se aclarase. ¿Iré a la cárcel?

Mark: –No. No después de lo que les voy a decir.

Vamos.

Marnie: –No quiero ir a la cárcel, Mark. Quiero quedarme contigo.

En las relaciones, dificultades y esfuerzos son fisiológicos. El autor cita al papa Francisco, el cual, a los pocos meses de su elección como pontífice, recordaba hablando a los superiores generales que «los conflictos comunitarios son inevitables: en cierto sentido deben existir si la comunidad vive de verdad relaciones sociales sinceras y leales». Podríamos rastrear minuciosamente en el Evangelio una lectura pedagógica y de superación del conflicto en la relación entre Jesús y Pedro.

Al cabo de días, semanas y meses de una relación basada en confidencias, comunión y camino juntos, hay algo en la relación entre Jesús y Pedro que este último vive como una herida, y desencadena un conflicto: «Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. Tomándolo aparte Pedro, se puso a reprenderlo diciendo: “¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!”. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: “¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!”» (*Mt* 16, 21-23). Pedro quiere de algún modo corregir al Maestro y lo toma aparte, es decir, lo separa de los demás, se siente autorizado a una relación distinta y única. Así, con su simple gesto, está afirmando la distancia entre él y los otros y se compara inmediatamente. Mateo describe un gesto de Jesús que para Pedro es una herida. Dice el evangelista que

Jesús, «volviéndose», le dijo a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás!». Jesús y Pedro estaban hablando apartados del grupo, y entonces Jesús llama a Pedro Satanás hablando con los demás, aquellos de quienes Pedro quería distinguirse.

Desde este momento, Pedro lleva como una herida lo que para él es un «error pedagógico de Jesús»: es lo que lo empuja a tener que demostrar el error cometido. Y por tanto Pedro busca cualquier ocasión para demostrar que Cristo se ha equivocado, que él en verdad no es Satanás. De hecho «Pedro dijo: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré”. Jesús le dijo: “Yo te aseguro: esta misma noche, antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces”. Dícele Pedro: “Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré”» (Mt 26, 33-35).

Solo cuando Pedro comprenda que el amor del Padre, que Jesús vive y manifiesta, no hay que merecerlo, no es fruto de mercadeo, sino que simplemente hay que acogerlo como un regalo, solo cuando entienda que Dios nos ama tal como somos, solo entonces aprenderá a aceptarse a sí mismo con sus límites y a vivir relaciones buenas con los demás. En su traición derramará lágrimas que serán agua de su bautismo, de su vida nueva. Renacido así del amor pascual del Padre, Jesús le encomienda la Iglesia, su esposa, para guardarla y guiarla en las luchas de la historia.

Así pues, es evidente que la relación no está exenta de posibles conflictos, de los que «nunca debemos tener

Índice

<i>Prólogo (Mons. Viganò)</i>	5
Introducción	13
1. Aceptación de sí mismo	21
2. La comunicación	35
3. El grupo	47
4. Los conflictos.....	57
<i>Apéndice al capítulo 4</i>	87
5. El perdón.....	95
6. La libertad	113
7. Líderes tóxicos	125
8. Formación del grupo	139
9. Amor, afectividad y sexualidad.....	153
10. La amistad	167
11. El ágape	183
12. La unidad	189
Conclusiones	199
<i>Bibliografía</i>	203